



GRACIELA OCAÑA CONTRA LA CORRUPCIÓN

CONFESIONES DE LA MUJER
QUE ENFRENTÓ EL PODER
EN LA ARGENTINA



Espejo de la Argentina  Planeta

GRACIELA OCAÑA

CONTRA LA CORRUPCIÓN

Confesiones de la mujer
que enfrentó al poder en la Argentina

Capítulo 1

Graciela, la militante

A diferencia de lo que muchos puedan suponer, me gusta considerarme una militante más. Porque lo soy. Mucha gente cree que mi historia política empezó en un cuadro técnico, que es el perfil con el que la mayoría me suele identificar. Es cierto, soy metódica en todas las tareas que emprendí como funcionaria, como también es cierto que soy una apasionada de la lucha por la transparencia en la política desde hace muchos años.

Era una joven de 22 años cuando la campaña presidencial de 1983 me marcó a fuego. Era el resurgimiento de la democracia.

Quizás haya sido ese espíritu de la política que transitaba la sociedad argentina de los años ochenta lo que me llevó a estudiar Ciencias Políticas, luego de haber estudiado Derecho en la Universidad de Morón y de abandonar la carrera al comprender que no era lo que yo soñaba.

Había por entonces pocas universidades de Ciencias Políticas, un poco por el desconocimiento que existía sobre la disciplina en nuestro país, y otro tanto por la censura de la dictadura, que había cerrado la carrera en la UBA. En 1983,

cuando empecé a estudiar, solo se dictaba en la Universidad Nacional de Rosario, la Universidad Católica, el Salvador —me hubiera gustado estudiar allí pero no me lo permitía mi presupuesto— y la Kennedy, donde finalmente cursé la carrera.

Es que cuando yo tenía 5 años mi madre murió en el parto de mi hermano. Tal vez por eso no tuve hijos. Mi padre me dio a mis abuelos maternos para que me criaran, y al bebé recién nacido lo dejó con una tía materna. Crecimos en casas separadas diez cuadras una de la otra pero nos veíamos con frecuencia.

Mi padre nos abandonó. A lo mejor fue por no poder asumir la muerte de mi madre. Con el paso de los años pude elaborar ese abandono y transformarlo en comprensión.

Lo que más me dolió cuando me cambiaron de casa es que perdí mis juguetes. Aún hoy lo recuerdo. Mis abuelos me enviaron a la escuela Santa Rosa de Lima para cursar la primaria, y al Normal de San Justo durante la secundaria. Y gracias a esa escuela pública donde pude estudiar es que creo fuertemente en la igualdad de oportunidades.

Vivíamos modestamente pero con dignidad. Mi abuelo era jardinero y lo que se comía en la casa era producto de su trabajo. Recogíamos las naranjas del árbol, que estaba en el patio del fondo, y las verduras y hortalizas de la huerta que él mismo cultivaba.

En fin, una infancia y una adolescencia en la que mis abuelos me criaron como a mi madre le habría gustado.

Cuando terminé la secundaria, y tras haber abandonado Derecho, estudié Ciencias Políticas. Mientras cursaba la carrera, empecé a escuchar diferentes discursos, buscaba espacios donde participar, me nutrí de distintas plataformas, y seguí las campañas de los candidatos.

Y en 1982 asistí a algunos actos partidarios, especialmente los de Oscar Alende, a quien aún recuerdo con mucho cariño. Por entonces, el Partido Intransigente tenía un local a escasas dos cuadras de mi casa, donde vivía con mi abuela.

Aunque era seguidora de Alende, existían en mi formación otras influencias, como las que habían surgido de las reuniones que se hacían en mi casa entre el final de la dictadura y el inicio del período democrático, donde participaban militantes del Partido Obrero que tenían un local en el barrio. O las reuniones que mantuve con grupos de ex combatientes de Malvinas y militantes por los Derechos Humanos, e incluso mi participación en las reuniones de asociados del Credicoop.

En la Argentina de aquellos años, se respiraba política por todos lados. Y también simpatizaba con el peronismo, aunque creía que había que derribar la vieja estructura del partido, donde el poder estaba enquistado. Por eso me alegré cuando Alfonsín venció a Luder, aunque yo había votado por Alende. La victoria del radicalismo implicaba que el justicialismo debía renovarse, convertirse en un partido moderno.

YLuder no representaba el peronismo de la justicia social.

1988 sería un año clave para mí. Por entonces, terminaba mi carrera. En lo personal logré instalarme en mi primera casa, comprada con mi trabajo, y quería aportar desde mi carrera a la política. Creía plenamente que esa renovación en el peronismo se daría en las internas peronistas de 1988 en las que apoyé a Cafiero. También en las elecciones del año anterior para el cargo de gobernador había votado a Cafiero, quien encarnaba la renovación del justicialismo junto a figuras tales como José Manuel de la Sota y Carlos Grosso, frente a la vieja estructura sindical y de los aparatos tradicionales

que no dirimían las candidaturas con internas sino mediante arreglos de sus cúpulas dirigentes.

Los resultados de esas internas, sumados a los hechos de los años inmediatamente posteriores, me llevaron a desilusionarme del PJ con el que —repito— simpatizaba aunque nunca me afilié. Por un lado, en 1988 había visto cómo mi sueño de un peronismo renovado como un partido moderno hacía agua tras la inesperada victoria de la fórmula Menem-Duhalde, que representaba a la vieja estructura partidaria. Por otro lado, el gobierno que surgiría de las elecciones de 1989 daría por tierra con todo lo que me seducía del peronismo: un plan neoliberal de ajuste, recorte presupuestario, liberalización económica y concesiones y privatizaciones que hasta incluía indultos a los condenados por los sucesos de los años setenta. Todo esto estaba lejos del ideal de justicia social que me había llevado a interesarme por la política.

Fue una etapa de búsqueda de un lugar en la política. Por eso asistí a reuniones organizadas por actores sociales distintos, desde el periodista Jorge Lanata, el dirigente demócrata cristiano Carlos Auyero, una referente de la centroizquierda Graciela Fernández Mejjide. Buscaba un lugar donde expresarme políticamente. Hasta que apareció el Grupo de los 8, conformado por Germán Abdala, Darío Alessandro, Carlos «Chacho» Álvarez, Carlos Auyero, Luis Brunati, Juan Pablo Cafiero, Franco Caviglia, Moisés Fontela y José Ramos. El Grupo de los 8 fue una escisión del justicialismo que se opuso al modelo de Menem y sus ministros, que vestían trajes cortados a la medida de Álvaro Alsogaray.

Chacho, que lideraba este grupo, fue sumando a políticos de corte progresista como «Pino» Solanas y Graciela Fernández Mejjide y a partidos como la Democracia Cristia-

na, el Partido Comunista y el Partido Intransigente, quienes terminarían fundando el Frente Grande, al que me acercaría en 1993.

¿Quién dice que no hay que jugarse y ser osado en la vida? Una mañana me desperté con la idea de conocer a Chacho. Me parecía que representaba la renovación y la transparencia que tanto anhelaba para la política. Decir que me caía bien es poco. Para mí, Chacho Álvarez era alguien maravilloso.

Puse agua a calentar en el anafe. Minutos después estaba cebándome mate. Me senté a la mesa de la cocina y simplemente le escribí una carta. El sol entraba por la ventana y se reflejaba sobre el papel. Las palabras me fluían solas: me presenté como una recientemente recibida politóloga, lo felicitaba por su actividad legislativa, le confesaba que siempre seguía sus artículos. Y le aseguraba sentirme representada por él.

A veces, los milagros ocurren. Algunos días después volvía a casa muy cansada. Había sido un día largo, y el viaje no lo era menos. Ya era de noche, y afuera llovía mucho. Había un mensaje en el contestador telefónico. Me acerqué al aparato, apreté el botón y escuché la voz de Chacho. Había leído mi carta y quería conocerme.

Son cosas que pasan una vez en la vida. Y no a todos les suceden. La emoción me invadió.

Chacho era un claro animal político. Los que formaban el Frente Grande habían dedicado muchos años a la política, tenían ideales, creían en transformar el país y la sociedad, y transmitían esta convicción y entusiasmo en cada gesto. Además, eran carismáticos y honestos.

Pronto nos vimos las caras. Chacho no podía pagarme, pero me quería a su lado. De hecho, no pretendía trabajar con él por un sueldo sino ayudarlo. Quería hacer experiencia

en la política. Y siempre le estaré agradecida, porque aprendí mucho de él.

Empecé a trabajar *ad honorem* sistematizando pilas y pilas de recortes de diario que él mismo amontonaba para sus archivos personales. Hay que entender el contexto: faltaban años para la explosión y expansión de Internet, y era una práctica habitual que uno recortara los artículos de su interés. Era la época de las fichas y las notas periodísticas y las fichas se acumulaban rápidamente. Así fue como empecé mi carrera política: organizando los archivos de Chacho en una computadora personal que me había comprado poco tiempo antes.

Pero pronto dejaría los recortes, las fichas y los archivos de la computadora y comenzaría a trabajar en proyectos de reforma política y financiamiento de partidos. Aun así, el perfil técnico que por entonces ya venía asomando y que tanto me caracteriza hoy día, no impedía que aflorara la chica de barrio, del local partidario, de los actos en la calle, la militante.

Con un grupo de militantes íbamos a Laferrere, González Catán, Villa Madero, La Tablada —en muchos casos se trataba de asentamientos— a hacer tarea social. Con una balanza pesábamos y con una cinta métrica medíamos a los chicos para ver si estaban por debajo de su peso y después informábamos a la gobernación sobre casos de desnutrición infantil en el lugar.

Además del trabajo social en los barrios pobres y asentamientos de la zona de San Justo, a poco de fundarse el Frente Grande, trabajé fuertemente como militante en La Matanza, donde abriría un local en 1994, específicamente en el garaje de la casa de mi tía Bichi, en San Justo. Hicimos el acto en la calle, y Chacho habló desde un camión. Una imagen muy peronista. Con un compañero médico de apellido Hernán-

dez, que había sido secretario de Salud del Intendente Russo y otros más hicimos un fuerte trabajo en lo territorial. En los actos venían con los bombos, y hasta Chacho se sorprendió, porque no esperaba ese tipo de manifestación.

Pronto llegarían las internas. En 1995 les disputaba la elección para concejales y para cargos en el partido nada menos que a Mary Sánchez y a Luis D'Elía. Perdería la elección, pero ganaría la minoría, que no era poco. Por entonces comprendí que las estructuras no deben dejarse de lado en lo electoral. Recuerdo esta experiencia con cariño; fue algo lindo y novedoso, toda una aventura para mí —formada en la universidad— salir con mis compañeros de militancia a pegar carteles a las tres de la madrugada. En mi auto VW Gol gris cargábamos los afiches, el engrudo que preparábamos en casa con los compañeros y salíamos a hacer la pegatina. A veces también a pintar carteles. Recuerdo cuando pintamos el paredón para el primer acto con Chacho en nuestro local de La Matanza.

Además de trabajar como una «hormiga», siempre fui una mujer que va por todo o por nada. No tengo medias tintas. Tenía mi trabajo, con el que mantenía gastos personales, mi casa, mi auto. Aún así, en 1995 decidí renunciar a la empresa donde era encargada de exportaciones, y ganaba un sueldo importante. Necesitaba algo más. Canalizar mi vocación por lo público.

Me dediqué de lleno a la política, asesorando a Chacho, militando, y todo a pulmón. Tenía unos ahorritos y con esos ahorritos tiré un año.

Al año siguiente comenzaba a trabajar para Darío Alessandro como asesora en el Congreso, esta vez rentada, aunque cobraba la mitad de mi sueldo anterior. Igualmente, no había dejado de dar clases en la Escuela de Gobierno del Sinapa en las materias Representación Política y Sociología de las Orga-

nizaciones, con el cargo de auxiliar de cátedra. Y no abandonaría la docencia hasta 1999, al asumir como diputada nacional.

Pero en todo este período, siempre me sentí una militante más. Cuando se acercaban las elecciones de 1999, la por entonces candidata del Frepaso a la gobernación de la provincia de Buenos Aires, Graciela Fernández Mejjide, necesitaba que le preparara un informe. Por entonces me ocupaba de temas de financiamiento de la política y Reforma Electoral.

Cuando ya se había conformado la Alianza entre el Frepaso y la UCR, era la candidata número 18 en la lista de diputados. La distribución de cargos entre ambas fuerzas políticas se hizo en forma intercalada. Era muy difícil ingresar en esas condiciones. Pero la fortuna tocó mi puerta: como había una cantidad excesiva de varones, el juez federal Manuel Blanco ordenó el reordenamiento de la lista. De este modo, quedé en el puesto 16, con la suerte de que justamente dieciséis diputados fueron los que ingresaron por la Alianza, y salí electa diputada nacional en 1999.

Maquiavelo, ya en el siglo XVI, lo había dejado muy en claro: la fortuna ocupa un lugar de privilegio en el éxito de un político. Varios siglos después, lo vivía en carne propia.

¿Se lo debía exclusivamente a la suerte? Algunos podrían creer que sí; otros, que se lo debía al juez que hizo reordenar la lista. Pues yo sostengo que quien me llevó al Congreso fue el machismo argentino, más allá del esfuerzo, la búsqueda y mucho trabajo arduo.

Tras seguir a Alende, organizar reuniones con militantes y ex combatientes en casa, pegar carteles a las tres de la madrugada, renunciar a un sueldo fijo para trabajar *ad honorem*, ahora era diputada.